

rasgos de su fisonomía, habiéndome puesto en disposición de rectificar ó apoyar las noticias que han dado acerca del particular los que me han precedido algunos años de observaciones personales fortificadas por los datos de un gran dignatario de la orden de quien fui huésped en Nophabury.

Los europeos designan generalmente á los sacerdotes budistas de Siam con el nombre de talapinos, derivado sin duda del de la palmera *talapat*, cuya hoja suministra la primera materia del abanico que llevan constantemente en la mano los tales religio-

sos; pero sus compatriotas les dan el título de *phra*, que ha conservado en las márgenes del Menam los mismos significados que tenía en otro tiempo en las del Nilo. *Phra* quiere decir *grande*, *divino*, *luminoso*.

En cuanto á la orden considerada en globo ó en su conjunto, es difícil calificarla segun nuestras ideas preconcebidas. No es una casta, pues que sus filas están abiertas á todo el mundo, hasta á los esclavos autorizados al efecto por sus amos, siendo esto lo único en que la orden ha permanecido fiel á los pre-



Talapino dentro de su barca.

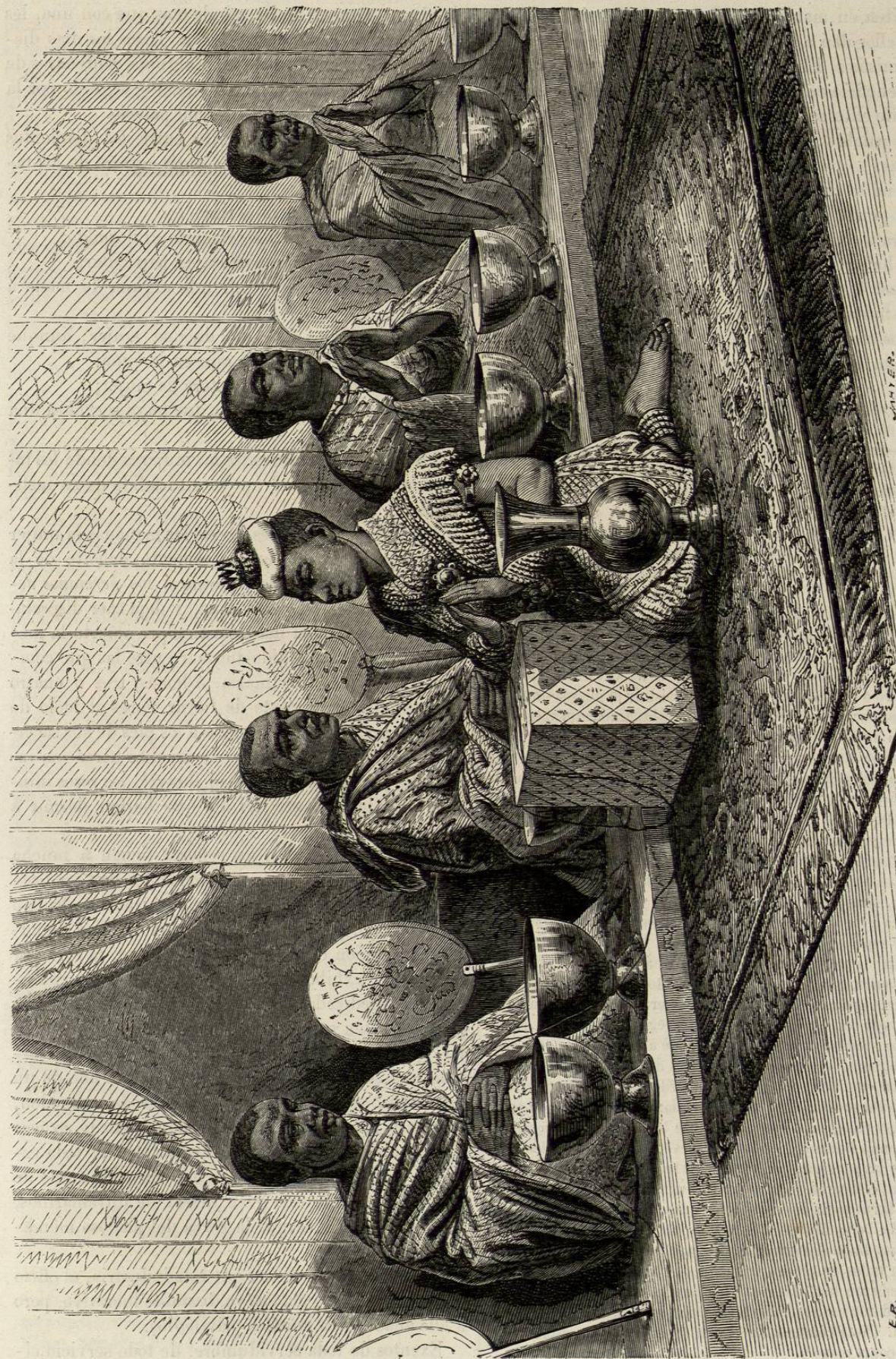
ceptos de su fundador, el príncipe indio Siddharta el Gotamida (1). Tampoco se puede decir que los talapinos sean un clero regular, porque si bien asisten

(1) Si no se puede afirmar que el príncipe indio Siddharta el Gotamida, ó Sakia Muni, como mas adelante le llamaron los budistas, haya atacado de frente el sistema de las castas, no se puede negar sin embargo, que llamando á todos los hombres, sin distinción de clase y nacimiento, á la vida ascética y á la salvación que de ella se deriva, minó por su base el sistema mismo. Predicando la igualdad de los deberes, proclamando la igualdad en el fin supremo, emancipó moralmente á los pequeños y á los humildes del yugo de los fuertes y de los poderosos, y derribó de hecho las barreras que el bramismo multiplicaba entre los hombres. Cualquiera que sea la objeción que se presente contra el sincretismo grosero que ha ingertado sus doctrinas, espulsadas de la India, en las supersticiones primitivas del extremo Oriente y del Norte de Asia, fuerza es reconocer que ha preservado nada

y hasta presiden á todas las fases principales de la vida social, al nacimiento, á la *tonsura del mechon*, al matrimonio, á la muerte y hasta á los funerales (2), no

menos que á cuatrocientos millones de hombres del destino de las antiguas razas del Egipto y de la India, entre las cuales la noción estrecha y mortal de la casta ha ahogado en gérmen las de la patria y de la nacionalidad.

(2) En la página 93 hemos publicado la lámina que representa el aparato de los funerales de la reina de Siam, cuyo retrato hemos dado. Murió en otoño de 1861, casi en la misma época que M. Mouhot, y mientras se hallaban en Europa los embajadores siameses. La ceremonia fúnebre no se verificó hasta seis meses después, habiendo absorbido los preparativos todo este largo plazo. Por último, el 15 de abril de 1862 el cuerpo de la difunta, colocado en un carro rodeado de talapinos que cantaban himnos palis, y escoltado por soldados descalzos, pero bien ó mal vestidos con uniformes ingleses



Ceremonia de la tonsura del tupo.

admiten en manera alguna que la sancion religiosa que ellos dan á semejantes actos aproveche mas que á sí mismos. El mérito de sus obras no redundo sino en beneficio suyo, y no recae en ningun caso en los que de ellos se valen. No tienen cura de almas; en una palabra, tienen un público, pero no tienen ovejas.

Y no se crea que este público les regatee ni escatime jamás el precio de sus servicios. Léjos de eso, les trata con la mayor veneracion, y les concede las mas halagüeñas prerogativas y los mas pomposos títulos. Los plebeyos se prosternan en su presencia, hasta en medio de las calles, levantando las manos cruzadas al nivel de la frente; los mandarines y hasta los príncipes les saludan con las dos manos,

y franceses, fue arrastrado por siameses con un trage blanco hasta el lugar señalado para la quema de las personas reales, que consiste en una vasta plaza cuadrangular que hay detrás del palacio. En el centro se elevaba la pira, enorme máquina cuya base; figurando una montaña, estaba coronada por una pirámide que por su forma y circunstancias remeda, en una grande escala, las decoraciones fantásticas de un ramillete de dulce. Allí se depositó el despojo mortal de la difunta, despues de haber desfilado pausadamente por delante del rey y de sus hijos, colocados en un pequeño pabellon levantado al efecto.

Alrededor de la plaza se habia dispuesto una galeria abierta por el lado del catafalco, y dividida en departamentos enteramente análogos á las improvisadas tiendas de nuestras fiestas populares. Allí entre cristales y luces se habia exhibido todo lo mas raro ó curioso que podian suministrar el guarda-muebles de la corona y hasta las habitaciones de los grandes mandarines. Era un surtido muy extravagante y de mal gusto: pequeños muebles de toda especie y de toda procedencia, paisajes en miniatura, soldaditos ingleses de carton, gigantes y monstruos de mampara, joyas, pedrerías, hermosas piezas de tela y de ricos tintes. Detrás de esta galeria, en una gran sala de espectáculo, se representaban las trasformaciones de Buda, y á algunos pasos de distancia vastas botellerías construidas á espensas de los príncipes hermanos del rey y por el kalahoum ó ministro de la Guerra, ofrecian mesas siempre servidas y cocinas siempre humeantes á todos los extranjeros é indigenas que se agolpaban allí por espacio de tres dias. Al final del tercer dia, una turba de talapinos entregó, según se me dijo, á uno de los príncipes mas jóvenes, hijo de la difunta, una antorcha encendida, no de la manera ordinaria, sino en una hoguera debida á un rayo, y conservada con tanto celo como el fuego de Vesta. El joven príncipe, rodeado de los talapinos, fué á aplicar esta antorcha á la hoguera, compuesta de tamaras de sándalo y de virutas resinosas, que fue muy pronto una ardiente pira. Cuando todo se hubo consumido, los talapinos enfriaron las cenizas con agua lustral, y recogiendo cuidadosamente las que les parecieron de procedencia humana, y no menos devotamente los metales preciosos y las pedrerías procedentes de las joyas que adornaban el cadáver, colocaron aquellas en una urna de oro que llevaron á una de las pagodas del palacio, y lo demás en sus bolsillos como parte del botin fúnebre.

Apenas hubo desaparecido la urna funeraria, se pusieron en seguida todos los objetos contenidos en la galeria de exposicion, se demolieron todas las construcciones que llenaban la plaza, y se guardaron esmeradamente las piezas y los andamios para otra ocasion. (Nota comunicada con la fotografia de la escena por Mr. Bocourt mayor).

y el rey, aunque no les saluda mas que con una, les hace sentarse junto á su persona. Todos los dias distribuye él mismo la limosna á algunos centenares de ellos, y este ejemplo es devotamente seguido por la reina y las principales damas del palacio.

Porque si bien está escrito entre los doscientos veinte y siete artículos de la regla austera de los talapinos:

«No mirarás á las mujeres;

»No pensarás en ellas despierto ni dormido;

»No las dirigirás la palabra en particular;

»No recibirás de ellas ofrenda alguna de mano á mano;

»No tocarás ni la cinta de una mujer, aunque sea una niña que se halle aun en la cuna;

»No te sentarás en una estera de mujer;

»No entrarás en una barca que haya servido á una mujer, etc., etc.»

Es indudablemente entre las mujeres donde los talapinos encuentran el apoyo mas sólido de su institucion.

En las familias pobres, todas las mañanas la mujer ó la hija, sentada respetuosamente delante de la puerta de su casa, da limosna á los *hermanos demandantes* de la pagoda vecina, y deja caer discretamente dentro de su marmita siempre abierta la mejor tajada que ha podido diezmar entre las que componen su comida ordinaria. Además, tres ó cuatro veces al mes, ó pretexto de llevar flores al idolo de dicha pagoda, deposita regalos á los pies de sus sacerdotes, y alienta por espacio de muchas horas con incesantes *¡satu! ¡satu!* ¡bravo! ¡bravo! los rezos ininteligibles del oficinante del dia que harian dormir á cualquiera.

En las familias ricas, los señores tienen á mucha honra ofrecer á sus amigos y conocidos una *predicacion*, lo mismo que entre nosotros darian un baile ó un concierto, y en tales ocasiones su vanidad de fortuna ó posicion echa como, suele decirse, la casa por la ventana, exhibiendo los objetos que deben remunerar al predicador en la sala de recepcion. Los objetos consisten en preciosas copas, urnas de gran valor, que contienen monedas de oro y plata que forman una suma superior al sueldo de un año de un mandarín, y ricas telas amarillas de seda y algodón, nueces de arack, betel ó tabaco, paquetes de té, azúcar piedra, cirios, arroz, frutas, comestibles de toda especie, en una palabra, un surtido variado, digno de formar la base de una gran tienda de ultramarinos, y suficiente para cargar la barca del piadoso mercader de palabras.

Aunque no tuviese mas que esta industria, el oficio de talapino seria, como se ve, bastante lucrativo, pero á ella añade otros muchos privilegios.

Exentos de toda servidumbre, de todo servicio ci-

vil ó militar, de toda contribucion ó impuesto, los phras se hallan tambien libres de todo derecho de aduanas. Para ellos, y solo para ellos tiene sentido la frase de *ahí me las den todas*, pues no hay trato alguno que á ellos se refiera, y nunca un contrabandista español ha puesto al servicio del libre cambio un celo tan ardiente como el de los talapinos procurándose y ocultando, bajo los pliegues de sus modestos hábitos amarillos, toda especie de mercaderías, hasta las mas prohibidas. Verdad es que una de las numerosas prescripciones de su regla dice: «No trafiqueis; no vendais cosa alguna; no compreis cosa alguna.» Pero los buenos phras no son comerciantes, como no lo era tampoco el padre de M. Jourdain; solo que, lo mismo que este pseudo-gentilhombre, entienden de mercaderías y se complacen, mediante una justa retribucion, en hacer que se aprovechen de su ciencia práctica su parentela y sus amigos.—¡Oh Moliere! tú no has escrito solamente para tu siglo y tus compatriotas, sino tambien para todos los tiempos y todos los paises.

Si á todas las ventajas enumeradas se añade el *casual* siempre muy productivo, sobre todo el de los funerales y el de la ceremonia de la *tonsura del mechón* (1), que es para el siamés adolescente lo que la primera comunión para el europeo, lo que era para el joven romano la *toma de la túnica viril*, si además, se tiene en cuenta el derecho que poseen los phras de heredar, testar y adquirir sin sujecion á las leyes, se concebirá fácilmente cómo aquella orden de *mendicantes* se compone en el solo reino de Siam de mas de cien mil individuos bien nutridos, y de muchos millares de vicarios, provicarios, legados, priores y príncipes abates (2), que gozan de la existencia mas cómoda y de las posiciones mas seguras que puede ofrecer el orden social siamés.

No debemos pues admirarnos de que los siameses respeten el hábito amarillo y vivan en la persuasion de que tomándolo se adquieren grandes méritos, no solo personales, sino tambien aplicables á las almas de los antepasados. Asi es que no hay un siamés de regular condicion que no exija de su hijo que entre en la santa congregacion, á lo menos por algun tiempo, que es siempre una cosa fácil. Las filas de los talapinos se abren á cualquiera que se presente al consejo de admision de una pagoda, vestido de blanco y con una comitiva suficiente de parientes, amigos, músicos; y en fin, de honestas ofrendas. El postulante ha de declarar delante de los asistentes, que jamás ha estado atacado de lepra ó de locura, que ningun mago le ha dicho la buena ventura, que nunca ha

(1) Véase la lámina correspondiente.

(2) Hé aquí, colocados en el mismo orden los títulos siameses correspondientes: Chao-Khun-Samu, Chao-Khun-Balat, Raxa-Khana, Somdet-Chao, y por último, Sang-Karat.

contraido deudas, que posee el consentimiento de sus padres, veinte años cumplidos, el languti amarillo, la cintura amarilla, el manto amarillo, la banda amarilla y la marmita de hoja de lata. Oidas del consejo sus negaciones y afirmaciones, se le leen las reglas de la orden, y queda elevado, *ipso facto*, desde la humilde condicion de lego al estado perfecto de phra, en el cual tiene que permanecer á lo menos por espacio de tres meses. Pasado este tiempo, queda en libertad de volver al mundo, de tomar de nuevo el trage seglar, y de casarse, habiendo ya pagado la deuda á sus ascendientes.

Hasta entre los que se consagran enteramente á la vida monástica, hay muy pocos que se resignen á pasar todos los años en su convento respectivo mas allá de los tres ó cuatro meses que dura la estacion de las lluvias, y emplean todo el tiempo restante en pasear como unos vagabundos de un extremo á otro del reino, mas ocupados en los negocios terrenales que en los del cielo, no obstante las prescripciones mas formales de su regla.

Como por la ley siamesa la educacion de la juventud masculina corre á cargo de semejantes gentes, no se debe extrañar que se necesiten seis ó siete años de estudios monacales para enseñar á un discípulo, el mas privilegiado por su talento, la ciencia completa de la escritura y de la lectura, ni mas ni menos.

A mediados de octubre habia regresado á Ajuthia. A pesar de mi intencion bien decidida de no pasar allí mas que el tiempo necesario para dar un apretón de manos al bondadoso Padre Larnandy, que se hallaba á la sazón en medio de su pequeña cristiana grey, me detuvo algunos dias el atractivo inesperado de uno de los episodios mas curiosos de la inundacion.

Los elefantes abundan en los bosques y juncales de los alrededores de Ajuthia, donde viven, no en un estado enteramente salvaje, sino en la especie de libertad de que gozan los caballos y los bueyes de la Comarga, y los búfalos de las Lagunas-Pontinas. Son todos propiedad del soberano, y es un crimen dar muerte á cualquiera de ellos, aunque sean sorprendidos en flagrante delito de depredacion. Solo una vez al año se les acusa oficialmente para que acuda el mayor número de ellos posible al kraal, ó parque, construido cerca de Ajuthia, que forma el *depósito de remonta* mas vasto y mejor organizado de todo el reino.

Consiste en un gran cuadrilátero cerrado por dos tapias concéntricas y paralelas. La primera ó la interior es de cal y canto y tiene 2 metros de grueso; la segunda se compone de una empalizada formada de troncos macizos de teck, ó jara de las Indias, profundamente hincados en el suelo, no ofreciendo entre sí mas que intervalos de algunas pulgadas.

Cada recinto no tiene mas que una entrada, que consiste en una especie de trampa que se abre ó cierra por el juego de dos enormes vigas, las cuales resbalan fácilmente encajadas en profundas muescas.

Cuando la bandada de animales perseguidos está toda encerrada entre los dos recintos, y se ha cerrado la puerta del primero, se procede á la eleccion de los elefantes propios para el servicio. Esta operacion se hace bajo la direccion de un jurado de exámen, compuesto de los principales personajes del Estado, presidido ordinariamente por el rey en persona, y colocados en una ancha plataforma elevada sobre uno de los lados del kraal.

Las cualidades necesarias en Siam en un elefante son: un color moreno claro ó de tierra, uñas bien negras, y en fin, los colmillos bien intactos y la cola que no esté mutilada. Estas dos últimas circunstancias son muy difíciles de conciliar en un mismo individuo, porque si un marfil sin astillon ni mella denota en el individuo que lo lleva un carácter pacífico y poco quisquilloso, una cola en buen estado indica claramente que su propietario nunca ha vuelto la espalda al enemigo.

Cuando desde lo alto de su estrado los miembros de la comision de exámen han señalado en la banda salvaje un animal que llena, á poca diferencia, las condiciones requeridas, se lo enseñan y hacen perseguir á los cornacs-cazadores apostados al efecto. Rodean inmediatamente al paquidermo designado, de vigorosos elefantes enseñados, que lo apresan y conducen mas ó menos lentamente al recinto interior. Si el pobre bruto se resiste demasiado ó procura huir, un lazo corredizo echado á una de sus piernas no tarda en hacerle tropezar, y despues uno de sus compañeros civilizado, apoyándose en él con todas sus fuerzas le hace caer pesadamente al suelo, de donde no se levanta sino agarrotado en debida forma y cautivo.

Esta última parte de la caza es la mas peligrosa para los cazadores y á veces causa la muerte de algun hombre. Asi se me ha dicho, pero el caso debe ser raro, tanto mas, cuanto que hay en el centro mismo del kraal interior, un blockhaus (burladero) de un acceso muy fácil al hombre, pero cuyas enormes empalizadas son á prueba de la carga á fondo del mas desesperado elefante.

Luego que se hallan los animales encerrados en el kraal, para domarlos bastan algunos dias de una dieta absoluta, seguida de un régimen abundante de cañas de azúcar y herbaje fresco. La continua costumbre del aspecto y la voz de sus guardias les domestica al cabo completamente.

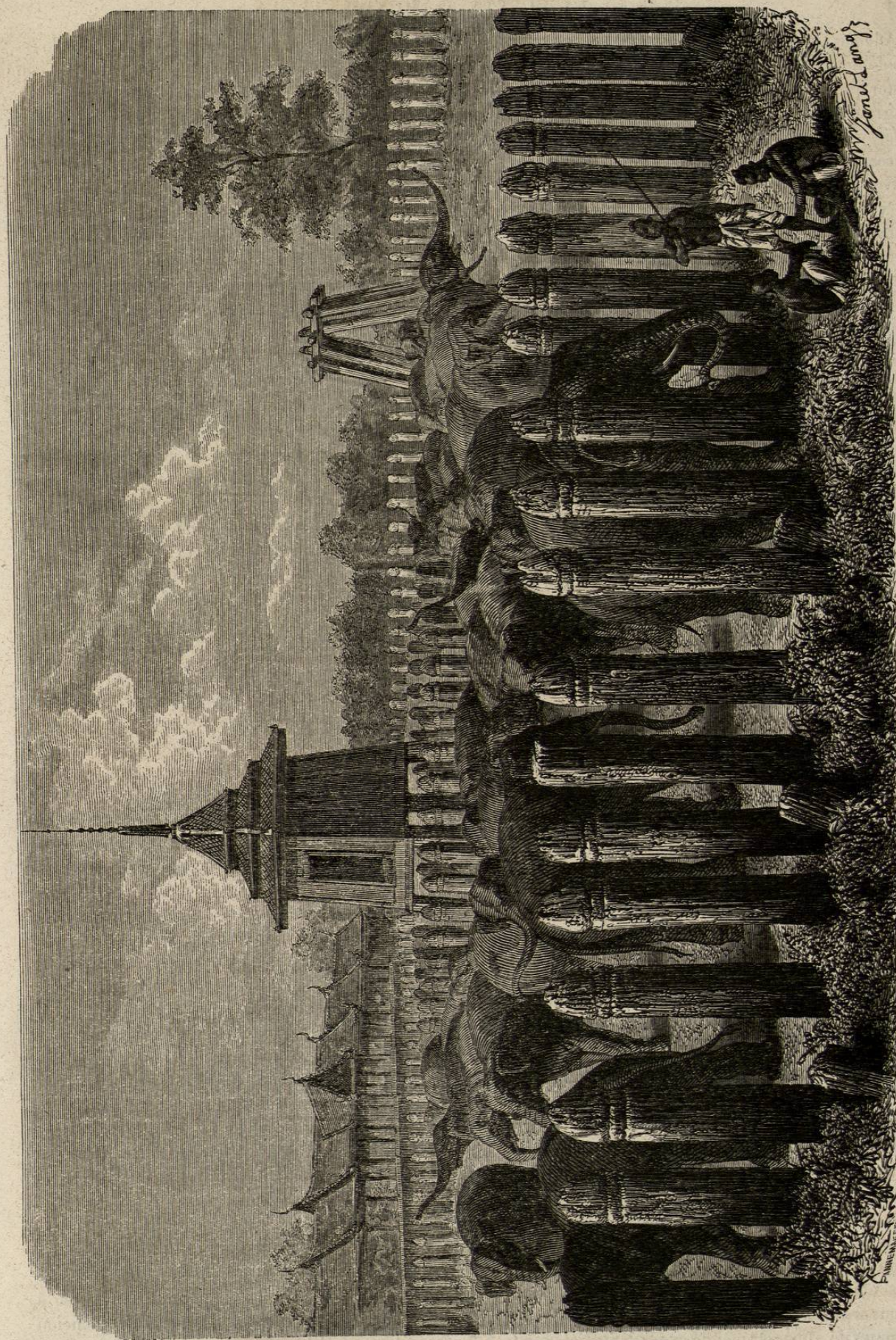
Por lo demás, semejantes colosos son estraordinariamente tímidos. Tienen nervios de niño, y necesitan mucho tiempo para acostumbrarse á la vista de un caballo y al estampido de una arma de fuego.

Cuando la vida del kraal les ha domesticado del todo, se trasportan á Bangkok los que reclama el servicio del rey metidos en establos construidos encima de inmensas almadías ó jangadas que bajan con lentitud y muy suavemente por el rio.

Confieso que tomo la mayor parte de los pormenores procedentes, no tanto de mis propias observaciones como de narraciones de personas dignas de fe, pues la cacería ó batida de que he sido testigo no tenia precisamente por objeto domesticar cierto número de elefantes, sino mantener *presos* por algun tiempo á algunos centenares de ellos, que proscritos por la inundacion de sus habituales dehesas, fueron á buscar asilo y pitanza en los verjeles y jardines de Ajuthia.

Para sacar por la pista á aquellos indiscretos huéspedes, lo mejor que se ocurrió á los guardas del kraal fue introducir de noche en el bando cierto número de hembras mansas, acostumbradas á volver al establo al son de una trompa; formaron detrás un círculo compuesto de grandes elefantes machos encargados de cortar la retirada á sus camaradas salvajes, y empezó la batida. Nunca he visto otra tan ruidosa y de tanto movimiento.

Al que nunca ha asistido mas que á una cacería de Europa, al que nunca ha visto huir delante de los gritos, bocinas, perros y caballos mas que á las tímidas y miserables reses de nuestros desmembrados bosques, nada puede dar una idea de una escena como la de la cacería á que me refiero. Podrá muy bien imaginarse, en un espacio estrecho, en una legua cuadrada, que está en sus tres cuartas partes sumergida por la inundacion, dos ó trescientos elefantes, esparcidos por los islotes ó apoyados en árboles macizos, y puestos de repente en alarma por ruidos discordantes que se elevan por tres lados del horizonte. Podrá representárselos, á medida que el círculo de amenazas se cierra en torno suyo, retrocediendo poco á poco y concentrándose en fin en una sola masa enorme que luego, loca de terror, se arroja toda entera siguiendo los pasos de las hembras mansas, en la única direccion en que no resuenan ni estampidos de armas de fuego, ni clamores humanos, ni vibraciones de tam-tam. Podré grabar en su cerebro una imágen mas ó menos pintoresca de todo eso, pero ¿cómo hacerse cargo de los sorprendentes efectos de la tierra que se abre bajo los pies de aquellos colosos aterrORIZADOS, á cuyo impulso desaparecen las malezas, los cepellones y hasta los arbolados? ¿Cómo hacerse cargo de los embates y agitacion de las aguas encrespadas por su solo tránsito? Para hallar términos de comparacion es necesario haber experimentado la conmocion de un terremoto, haber seguido el curso de un sifon ó de una manga, haber contemplado cara á cara una gran marea de otoño.



Interior del parque de los elefantes de Ajuthia